

Abriu

2013

n.º 2

ESTUDOS DE TEXTUALIDADE
DO BRASIL, GALICIA E PORTUGAL

TABLE OF CONTENTS

MONOGRAPH.

DIÁLOGOS RENACENTISTAS ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Issue Editor: Isabel Soler

Navegar es necesario <i>Isabel Soler</i>	9
Ecos das navegações portuguesas no <i>Kitab-i Bahriye</i> de Piri Reis <i>Rui Manuel Loureiro</i>	11
Clusius em Portugal: uma viagem, múltiplos encontros <i>Teresa Nobre de Carvalho</i>	39
Diálogo entre o latim e o português no século XVI <i>Ignacio Vázquez Diéguez</i>	57
El viaje fue necesario: lecturas renacentistas del viaje portugués <i>Isabel Soler</i>	73

MISCELLANY

Maria Susanna Cummins e Rosalía de Castro <i>Kathleen N. March</i>	95
«Eterno inretorno»: melancolía e desterritorialización nas <i>Cántigas de alén</i> de José Ángel Valente <i>Margarita García Candeira</i>	109

As imaxes dialécticas dun contador de historias. A batalla ficcional entre a oralidade e a escrita no caso de <i>Quantas madrugadas tem a noite</i> de Ondjaki <i>Gabriel Pérez Durán</i>	123
--	-----

REVIEWS

Antígona revisitada. Um estudo indispensável da autoria feminina em Portugal <i>Burghard Baltrusch</i>	143
Traduir literatura: és possible, és necessari i es pot fer bé (i malament) <i>Pere Comellas Casanova</i>	149
Por un lugar en la memoria cultural: recuperar el teatro <i>Ana Belén García Benito</i>	155
Canon and Subversion: New Perspectives on Rosalía de Castro <i>Manus O'Dwyer</i>	159
Viaxe ó país Celso Emilio Ferreiro <i>María Dolores Villanueva Gesteira</i>	165
CALL FOR PAPERS	169
AUTHOR GUIDELINES	171

EL VIAJE FUE NECESARIO: LECTURAS RENACENTISTAS DEL VIAJE PORTUGUÉS¹

ISABEL SOLER

Universitat de Barcelona

RESUMEN: Al dar noticia de los contenidos del mundo, el viaje oceánico portugués ofreció al proceso intelectual renacentista la experiencia imprescindible para construir las bases del mundo moderno. Esas noticias se divulgaron rápidamente por Europa y, a su vez, se entrelazaron con las antiguas creencias y se inmiscuyeron en las novedosas e humanistas formas de explicación de la realidad.

PALABRAS CLAVE: historia del viaje renacentista portugués, literatura de viajes, viaje y Humanismo, historia de Portugal siglos xv-xvi.

THE VOYAGE WAS NECESSARY: RENAISSANCE READINGS OF THE PORTUGUESE VOYAGE

ABSTRACT: By bringing news about what the world held, the Portuguese oceanic voyage offered the Renaissance intellectual process the experience necessary for the construction of the modern world. This news spread rapidly throughout Europe and, at the same time, intertwined with both older beliefs and the new humanist ways of explaining reality.

KEYWORDS: History of the Portuguese Renaissance voyage, travel literature, travel and humanism, history of Portugal 15th-16th centuries.

En el mismo momento en el que el pintor inventaba la perspectiva aérea y conducía la mirada del espectador hacia azulados límites que mostraban topografías y geologías, condiciones atmosféricas y detalladas especies botánicas; mientras el físico descendía de la cátedra para tocar con sus manos los cadáveres y descubrir el microcosmos del interior del cuerpo humano; cuando la teoría heliocéntrica resquebrajaba el estable geocentrismo aristotélico-ptolemaico y la revolución moral renacentista era capaz de iniciar el proceso de re-

¹ Estas páginas constituyen la base de un trabajo más extenso desarrollado dentro del proyecto de investigación «Naturalezas figuradas. Ciencia y cultura visual en el mundo ibérico, ss. XVI-XVIII», dirigido por el Dr. Juan Pimentel (HAR 2010-15099).

chazo de la concepción hermética del saber y el carácter hipotético del conocimiento para crear una nueva imagen de Dios como relojero o ingeniero, en ese momento, las naves portuguesas zarpaban de Lisboa o volvían a puerto tras descubrir que los mares eran uno solo y que no era la tierra la que rodea los océanos sino que la mayor parte de la esfera estaba compuesta de agua. Comunicar la existencia de tierras impensadas, de culturas, etnias, costumbres y ritos —labor del navegante en su viaje— también constituyó un eje vertebrador de la modernidad, porque si la observación del cielo transformaba al astrónomo y la de la naturaleza transformaba al artista y al médico, las noticias de los navegantes transformaban la manera de pensar el mundo, para que este dejara de ser imaginado y empezase a ser explicado gracias a la presencia y la mirada.

Los navegantes —que son muchos: el descubridor, el aventurero, el conquistador, el mercader, el embajador, el cartógrafo, el marinero, el soldado, el misionero, el pirata, el esclavo, el prisionero, el náufrago—, en cualquiera de los casos y desde una pluralidad de intereses (también desde una diversidad de actitudes), fueron espectadores, observadores, contempladores del mundo; y sus testimonios, aunque muchas veces resultaran inverosímiles o directamente increíbles, contribuyeron a aumentar los contenidos del mundo, aunque también sus paradojas. La voluntad de un rey, los ricos y exóticos mercados orientales, la utopía de una cristiandad universal fueron las causas principales que llevaron las anclas; también la curiosidad y la necesidad; también la competitividad, como bien advierte el nombre dado al viaje, *Carrera de Indias*. Y tras cada regreso, la noticia se buscaba y se divulgaba a gran velocidad y en cualquier ámbito de interés intelectual, político, económico y religioso.

Prueba de ello es la *laudatio* que Erasmo incluyó en su traducción de las homilías de San Juan Crisóstomo, *Chrysostomi Lucubrationes* (1527), dedicada al rey D. João III y en la que el monarca aparece como un gran humanista, consolidador del proyecto imperial lusíada, gran administrador del Estado y organizador de sus infraestructuras, restaurador del estamento jurídico y gran reformador de los estudios científicos en Portugal. O *Piedoso* era para Erasmo la cúspide de todo aquello que sus antecesores habían hecho en nombre de la ciencia y la cultura y en nombre de la fe de Cristo: cruzar un vasto océano plagado de barbarie y diseminar la piedad católica por los continentes del mundo. El antropocentrismo erasmista acertaba al dar valor al viaje oceánico portugués y, asimismo, a sus consecuencias, porque si en algo contribuyó Portugal al saber científico y humanístico de los siglos renacentistas fue con la experiencia ultramarina en todas sus facetas, desde la meramente exploratoria y

cartográfica a la técnica naval y cosmográfica, desde la interesadamente económica, política y militar a la antropológica y evangélica. Pero esas palabras de encomio al rey portugués demuestran también que la noticia sobre el mundo representada por el viaje marítimo estaba ya asumida por el pensamiento occidental, y este hecho lo confirman las ediciones y reimpresiones de opúsculos y breves noticias de viajes portugueses en obras de temas más generales, y, sobre todo, la divulgación impresa de los solemnes discursos de obediencia de las embajadas lusas ante los sucesivos papas de finales del siglo xv y primera mitad del xvi. Después, ya a mediados del seiscientos, llegaría la divulgación en una pluralidad de lenguas occidentales de las grandes historias nacionales que recogían las conquistas portuguesas en África y Asia: de 1551 es la *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses* de Fernão Lopes de Castanheda; la primera de las *Décadas* de D. João de Barros aparece en 1552 y el divulgado *De Rebus Emanuelis Regis* de Jerónimo Osório se publica en 1571. Y estas obras fueron el preludio de los grandes compendios geográficos del último cuarto del siglo, a modo de inventarios de todos los espacios del mundo (Randles 1990: 269-277; Matos 1991: cap. II-VII).

Sin embargo, esas retóricas y aparatosas oraciones de obediencia ante el papa que obligaban a redefinir y a asimilar una nueva, aunque confusa, *imago mundi*, convivían con un espectacular movimiento humanista que se esforzaba, admirado, en recuperar la imagen del mundo elaborada por la Antigüedad. No sorprende entonces, o no tanto, que una ciencia tan moderna como la cartografía, aunque también de una dilatada tradición, fuera tan reticente a desprenderse de modelos y pautas de representación geográfica anteriores, y mostrase clara tendencia a ampliarlos o completarlos, pero no a corregirlos. Un buen ejemplo es un mapa temprano, de 1457, cuyo título aproximado es *Esta es la exacta descripción del mundo de los cosmógrafos, adaptada a carta marina, de la que se han quitado las historias frívolas* (Crone 2000: 60-62), en el que el anónimo cartógrafo mezcla la idea ptolemaica de Asia con la nueva imagen ofrecida por el viajero veneciano Niccolò da Conti, cuyo relato se encargó de recoger el latinista y secretario papal Poggio Bracciolini en su *De Varietate Fortunae* (escrito en 1447 y editado en el colombino 1492). Puede que, durante sus veinticinco años de viaje asiático (1414-1439), realmente Conti llegase hasta el sur de la China y a las islas del Índico oriental, incluso a las Molucas —tan disputadas en el siglo siguiente por las coronas española y portuguesa—, porque el mapa, sin nombrarlas así, las marca como el lugar del que procede el clavo. Y si verdaderamente lo son, esto indica que medio siglo antes de que el gobernador portugués Afonso de Albuquerque ocupase la estratégica

Malaca, la puerta hacia Extremo Oriente, algunos en Occidente tenían ya una posible representación económica del mundo oriental exenta de *historias frívolas*, aunque las Molucas fueran un lugar todavía inexistente en la imagen del mundo del pensamiento renacentista. Lo cierto es que el impresor alemán afincado en Lisboa Valentim Fernandes editó en 1502 el relato de Conti, y fue una de las principales fuentes de información sobre los contenidos del mundo oriental, antes de que el botánico Tomé Pires escribiera in situ y hacia 1513 su detallada e imprescindible *Suma Oriental*, y antes de que Duarte Barbosa, escribano de la factoría portuguesa de Cananor, elaborara posiblemente entre 1511 y 1516 su *Livro das Coisas da Índia*, una metódica descripción geográfico-antropológica y económica desde el cabo de Buena Esperanza hasta Japón.

Se esforzaba la moderna cartografía en dibujar mundos exentos de *historias frívolas*, pero inevitablemente la admiración humanística por la Antigüedad hizo avanzar, y al mismo tiempo retroceder, las ideas sobre la realidad del mundo. Dos décadas después de la representación geográfica de ese relato contiano que pretendía mostrar una *exacta descripción del mundo*, durante los años 1477 a 1482, aparecieron las cuatro ediciones con mapas de la *Geografía* de Ptolomeo (Crone 2000: 79-91),² mediante las que la revolucionaria imprenta hacía que los aciertos y errores ptolemaicos tuvieran una amplia difusión por toda Europa en el mismo momento en el que el viaje oceánico renacentista, física y textualmente, demostraba, sobre todo, sus errores. Y esas ediciones ptolemaicas afectaron a la evolución de la cartografía, y asimismo afectaron a la propia idea de mundo. De hecho, el planisferio que en 1507 ilustraba la *Cosmographia* de Ptolomeo del impresor alsaciano Gauthier Lud y el editor Martin Waldseemüller, y en cuya introducción incluyeron las *Navigationes* del ya famoso por aquellas fechas Américo Vespucio, representa al antiguo geógrafo mirando hacia Oriente y al nuevo navegante, Vespucio, orientado hacia unas todavía imprecisas tierras atlánticas llamadas por primera vez América. Era una imagen híbrida del mundo de la que no podía ya discutir Cristóbal Colón ese bautismo vespuciano por haber muerto un año antes; aunque quizá no lo hubiera hecho, porque el Almirante, parece que convencido, había navegado cuatro veces hacia la extremo-oriental Catay, y nunca a ese Nuevo Mundo vespuciano.

² La edición de Bolonia apareció en 1477; la edición romana, en clara competición con la anterior, en 1478; la versión rimada de Florencia, de 1482, incluía mapas modernos junto a los ptolemaicos; y otra alemana, editada en Ulm, también se editó en 1482.

En esos años, junto al divulgado *Mundus Novus* atribuido al navegante italiano, se publicaba en Amberes, y también en 1504, la descripción del segundo viaje de Vasco de Gama a la India, y en Roma se imprimían algunas cartas enviadas al papa por el rey D. Manuel I de Portugal. Una de esas cartas, la que en 1507 recibió Julio II y fue editada en París en ese mismo año, informaba de la llegada de Lourenço de Almeida a la legendaria Taprobana, la isla de Ceilán, narraba la victoria portuguesa sobre el samudri de la indostánica ciudad de Calicut y, asimismo, anunciaba el descubrimiento de Madagascar. Ese texto inspiró el elogio que Giovanni Francesco Poggio (hijo del gran humanista Poggio Bracciolini) elevaría al *afortunado* D. Manuel desde su *Emmanuelis: Portugaliae Regis Elogium* (Florencia, 1514) (Randles 1990: 271); y dadas las espectaculares noticias, el papa ordenó tres días de festejos. Estos culminaron con un sermón del agustino Egidio da Viterbo, titulado *De ecclesiae incremento* (texto que el fraile mandó al rey portugués), en el que los progresos geográficos y militares lusos se presentaban como la gesta que cumplía con las antiguas predicciones de las Sagradas Escrituras y evidenciaban la llegada de la cuarta de las grandes Edades de Oro de la humanidad, la de Cristo, que debía expandir el imperio cristiano a los más remotos confines de la tierra. El máximo representante del neoplatonismo florentino oficializaba desde el altar de San Pedro una historia del viaje portugués de fundamento bíblico, platónico y virgiliano que rápidamente tuvo consecuencias en las formas de expresión estética e intelectual (Deswarte 1993: 125-132).

Quizá nunca se había elevado desde tal escenario la manuelina teoría mesiánica y providencialista de los viajes portugueses. Y fue cuajando, porque, a mediados del xvi, incluso un cronista tan estrictamente factual como Fernão Lopes de Castanheda reescribiría el viaje portugués a la India en su segunda edición de la *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos portugueses* (1554; la primera edición es de 1551) para que el imperio manuelino tuviera carácter firmemente providencial: la llegada a la India confirmaba la voluntad de Dios y el viaje cumplía una misión espiritual. Desde el punto de vista político, la argumentación era impecable, porque ¿qué Estado occidental iba a obstaculizar un proyecto instigado por tal voluntad? Además, la búsqueda de las remotas comunidades cristianas de la India fundadas por los apóstoles Tomás y Bartolomé añadía firmeza al argumento, y hacía que la intención última del viaje oceánico fuera la unión de toda la humanidad bajo una misma fe (Thomas 1990). Contemporáneo a Castanheda, el cronista D. João de Barros traducía el nombre del rey Manuel —*Dios está con nosotros*— en su *Panegírico da Infanta D. Maria* para demostrar el contenido profético de la labor expansiva

de los años manuelinos (Barros [c. 1547] 1937: 170-171); y obviamente no fue el único, porque veinte años después, en la *Crónica do Felicíssimo Rei D. Manuel*, explicaba el humanista Damião de Góis la elección del nombre del rey unido a la oportuna fecha de su propio nacimiento, el día de Corpus Christi de 1469 (Góis [1566] 1949-1955: I, IV). Sin embargo, la mayor responsabilidad sobre la construcción del ideario mesiánico manuelino recaía sobre el consejero real Duarte Galvão, al elaborar una historia de los orígenes de Portugal, *Crónica do mui Alto e muito Esclarecido Príncipe D. Afonso Henriques, Primeiro Rey de Portugal* (escrita en 1505, primera edición en 1726), en la que revestía el pasado portugués de señales latentes que iban a eclosionar durante el reinado del Venturoso, y cuyo tono profético convertía a los portugueses en instrumento de Dios y al viaje, por tanto, en obra divina.

Cabe decir, no obstante, que no eran tan extraños esos tonos, ni siquiera se circunscribían a la cronística laudatoria oficial o a los círculos letrados, y para ello apenas hay que pasar las páginas de los *Diarios* colombinos para encontrar allí un lenguaje litúrgico y profético que ilumina al genovés como el elegido de Dios, gracias a cuyo esfuerzo y al oro de América conseguiría que triunfalmente se recuperara Jerusalén (Milhou 1983: 435-470; Arcelus 1987: 47-75). Además, tras su tercer viaje, en 1501, del que volvía encadenado, Colón dejó de firmar con su habitual «Almirante» y empezó a usar su muy estudiado e indescifrado anagrama, al que daba mayor importancia y sobre el que dejó explícitas instrucciones de uso, bajo el que añadía *Christo ferens* —es decir, *Cristóbal*—, por lo que se entendía a sí mismo como el *portador para Cristo*, el Ungido, el Mesías (Milhou 1983: 54-90). La noticia de la geografía descubierta se mezclaba con el latente y expectante discurso profético-escatológico de la época, como si verdaderamente esas tierras halladas, las occidentalmente colombinas tanto como las orientalmente manuelinas, confirmaran la entrada en un nuevo ciclo de la historia de la humanidad.

De ahí la necesidad de aplicar ciertos protocolos de lectura, no solo sobre la cronística oficial ultramarina, y la obligatoriedad de analizar la literatura de viajes tanto desde su orientación informativa como desde el proceso de construcción de un metódico y programado ideario político. El propio João de Barros entendía la historia como un instrumento al servicio de la política o como el espacio adecuado para elaborar una doctrina —«E como a Historia é um agro e campo onde está semeada toda a doutrina, divinal, moral, racional e instrumental, quem pastar o seu fruto, convertê-lo-á em forças de intendimento e memória pera uso de justa y perfeita vida, com que apraz a Deus e aos homes» (Barros [1563] 1992: III, f. v)—, de ahí su perspectiva epopéyica y la liber-

tad en la que se sentía para utilizar los hechos históricos. Las *Décadas da Ásia*, la narración del viaje al Oriente portugués, entre otras, tenía la misión de inmortalizar a los héroes del descubrimiento, demostrar la superioridad portuguesa ante los idolatrados griegos y latinos y justificar una forma de guerra mundial contra el infiel; y esa misión utópicamente universalista convertía a Portugal en el pueblo elegido por Dios para expandir su palabra. El ideario político, no obstante, no colisionaba con su escrupulosidad historiográfica ni con su altísima calidad literaria.

La literatura cronística ultramarina del siglo xvi adopta, por tanto, dos formas de discurso histórico que se superponen, y, desde una perspectiva ética y social, reformulan tanto el pasado como el presente renacentista portugués. Por un lado, evoluciona el relato factual basado en la experiencia, las fuentes y los hechos; y por el otro, crece la interpretación de los acontecimientos del viaje a modo de gesta profética y predestinada que vincula directamente a Portugal con la Antigüedad y con las Sagradas Escrituras. Y esta segunda interpretación del viaje tiene carácter jurídico ante los Estados cristianos, cosa que confirman tanto las sucesivas bulas papales de la segunda mitad del siglo xv hasta llegar a 1494 y al Tratado de Tordesillas, como la traducción y divulgación de las crónicas quinientistas de carácter oficial cuya misión informativa cede el protagonismo a la función político-ideológica. Y al mismo tiempo, esa perspectiva ideológica repercute directamente sobre las culturas halladas al legitimar la antigua teoría política de la lucha armada contra las creencias no cristianas (Rebelo 1993: 203-204).

Por eso tanta trascendencia tiene la programada construcción de una *idea* del viaje portugués como la voluntad de difusión de las noticias sobre el mundo que los viajes representaban. Y la espectacularidad de las noticias, además de informar y admirar, también cumplía, quizá involuntariamente (aunque sin duda se ponía al servicio de la política), una función propagandística. En Roma, y un año después del regreso, en 1506, se editaba la descripción del viaje a la India de D. Francisco de Almeida, *Gesta proxime per Portugalenses in India Ethiopia & aliis orientalibus terris*, y la publicación coincidía con la descripción de las ciudades del mundo que editaba Raffaello Maffei da Volterra en sus *Commentariorum urbanorum libri xxxviii* (Roma, 1506), donde se daba noticia de la importancia del azúcar madeirense y del algodón caboverdiano, se informaba sobre el reino del Congo y el tráfico de esclavos, y se describían los viajes portugueses a Brasil y las costumbres antropófagas de los habitantes de esas tierras. En 1507, el *Paesi novamente ritrovati* de Fracanzano da Montalboddo contenía textos italianos que hablaban de las expediciones por-

tuguesas, además de otros documentos lusos traducidos al italiano: el viaje del comerciante Alvise Cadamosto por la costa atlántica africana, el relato del piloto anónimo que en 1500 acompañó a Pero Álvares Cabral a la India (y en cuya expedición se descubrió Brasil), una carta del florentino Girolamo Serinigi sobre el viaje de Vasco de Gama y otra del mercader Giovanni Matteo Cretico sobre el de Cabral (Randles 1990: 275; Thomaz 2002). Esta fue la primera de una larga serie de colecciones de crónicas de viajes que se fueron publicando a lo largo del siglo xvi.

Sin embargo, el rey Manuel no puso un gran esmero en divulgar el avance de sus expediciones oceánicas. Tampoco la función informativa, la voluntad crónística o la confirmación política de los textos que la historiografía actual considera literatura de viajes pertenecían al dominio público de la sociedad renacentista. Las obras que asumían esta intención no se concebían como expresión de un género literario, y, por tanto, no buscaban divulgación popular, aunque no por eso dejaban de llegar a manos de quienes debían conocer su contenido. En todo caso, como asimismo ocurría con la cartografía, este tipo de obras todavía no atraía al lector por recoger la experiencia de una realidad vivida, sino que servían para completar un imaginario cultural que pertenecía a la tradición y que aún buscaba confirmaciones. Posiblemente por ese motivo, y por otros de cariz político y diplomático, las imprentas portuguesas no empezaron a editar con regularidad los textos que narraban el viaje oceánico hasta la segunda mitad del siglo xvi, ya bajo el reinado de D. João III (Loureiro 1999: 339-353). Eso no obsta para reconocer que en las últimas y ptolemaicas décadas del siglo xv el protagonismo del viaje atlántico dominara contundentemente el espacio político-económico y social portugués. Y tanto es así que, a pesar del lento afianzamiento de la tipografía en Portugal —no se conocen ediciones anteriores a 1487—, una de las primeras obras que se imprimió fue el *Almanach Perpetuum* del astrónomo, médico y matemático judío salmantino Abraham Zacuto, en 1496, una obra imprescindible para el desarrollo de la náutica astronómica, contemporánea al segundo viaje de Cristóbal Colón a sus Indias y un año anterior a la expedición de Vasco de Gama a Oriente. El *Almanach*, posiblemente escrito antes de 1480 y en Salamanca, se tradujo enseguida del hebreo al latín y al castellano y se editó varias veces durante el siglo xvi; y a excepción de la tabla solar única del *Guia Náutico de Munique*, todas las tablas de declinaciones solares (uno de los problemas fundamentales de las navegaciones oceánicas) se calculaban gracias a la obra de Zacuto. Las ironías de la historia hacen que el *Almanach* del sabio judío coincidiera con la primera de las grandes expulsiones de musulmanes y judíos ordenadas por el rey Manuel.

La verdadera difusión social por Europa de los viajes marítimos portugueses llegó en 1553, cuando se tradujo al francés la *História do Descobrimento e Conquista da Índia pelos Portugueses* de Fernão Lopes de Castanheda, y sus cuatro reimpresiones hasta 1587 y las traducciones al alemán en 1565, al italiano en 1577 y al inglés en 1582 evidencian el interés. A su vez, Giovanni Battista Ramusio recogía en 1554 parte de las *Décadas* de D. João de Barros en su segunda edición del primer volumen de su *Navigazioni et Viaggi*, y allí aparecía también la traducción del exhaustivo *Livro de Duarte Barbosa*. Ya la edición de 1550 contenía parte del detallado estudio económico sobre Asia elaborado por el botánico Tomé Pires en su *Suma Oriental*. Y poco después, a partir de 1557, con las traducciones castellana (de la que hubo dos ediciones más en 1561 y 1588), francesa (1558), italiana (1563) y alemana (1566), Occidente pudo sentirse decepcionado y hasta desolado ante el contenido de la *Verdadeira informação das terras dos Preste João* del padre Francisco Álvares, cuya edición portuguesa era de 1540. La fabulosa imagen de riqueza y poder cristiano y militar alimentada durante siglos por la imaginación occidental alrededor de un Preste Juan etíópico fustigador del Islam, junto con los antiguos sueños imperiales manuelinos de dominio católico del mundo, quedaban totalmente desbaratados por culpa de esa verdadera información tan traducida.

También el humanista Damião de Góis dedicó dos de sus obras a tratar sobre el Preste Juan, no tanto desde el punto de vista informativo, como para reflexionar sobre la diversidad del cristianismo desde una concepción universal que inducía, dada la época y la situación de tenso desencuentro moral en Europa, a la necesidad de encontrar una forma de reconciliación ante las dramáticas controversias religiosas. Frente a la amenaza turca sobre Hungría, el saqueo de Roma por las tropas de Carlos V y la progresión del luteranismo en el norte de Europa, la conducta cristiana en la que creía Góis se nutría de un dialogante erasmismo entre credos. Si en 1513, y para explicar las desventuras del etíópico embajador Mateus, había publicado su *Legatio Magni Indorum Imperatoris Presbyteri Ioannis ad Emanuel em Lusitaniae Regem*, tres décadas después, en 1540 y desde Lovaina,³ seguía insistiendo en el respeto a otras formas de relación con Dios y denunciaba la violencia religiosa en Europa en *Fides, Regio, Moresque Aethiopum su Imperio Preciosi Joannis* (Torres 1993: 39-41). Años después, la defensa de ese cristianismo universal y el respeto por sus

³ El mismo año que aparece en Portugal la *Verdadeira informação* de Francisco Álvares (de hecho, el propio Damião de Góis envía la obra de Álvares a Ramusio para que la incluya en su colección de viajes).

particularidades hizo que las obras de Góis aparecieran en el *Índice* inquisitorial y él mismo sufriera un durísimo y largo proceso acusado de luteranismo que precipitó su muerte.

Damião de Góis fue el más cosmopolita de los portugueses de los siglos renacentistas, el más conectado con las corrientes intelectuales europeas, con relaciones personales con Erasmo, Pietro Bembo y Lázaro Buonamico, y plenamente convencido de su labor como representante de un Estado que en aquel momento desempeñaba un papel fundamental en la historia de Occidente. El humanista era fuente de información de políticos y eruditos sobre el progreso del viaje portugués, y ese fue el principal motivo de la publicación de sus obras. A Bembo dedicó sus *Commentarii Rerum gestarum in India 1538, citra Gangem a lusitanis* (1539), para contar la defensa portuguesa de la ciudad indostánica de Diu atacada por los turcos; y ese tema lo recuperó mas tarde en *De Bello Cambaico, commentarii tres* (1549), donde cuenta la situación de los portugueses en la India y la labor desempeñada allí por el gobernador D. João de Castro, además de defender el carácter evangélico del viaje marítimo portugués frente a ciertas críticas elevadas en la época sobre la intención puramente mercantil de las expediciones. Reivindicó la política portuguesa en uno de sus opúsculos históricos —*Commentarii* (1539), en *Aliquot Opuscula* (Góis, 1945)—,⁴ pero también en un libro singular, *Urbis Ulisiponis descriptio* (1554), a modo de guía turística para los amigos europeos que venían a visitarlo a Lisboa, y en el que definía la ciudad como el gran centro político, económico y religioso de Occidente, además de insistir en la misión ecuménica portuguesa (Deswarte 1993: 139-142).⁵

⁴ *Breve contestação de Damião de Góis a Paulo Jóvio sobre o domínio dos portugueses*, donde rechaza con energía las acusaciones del obispo y médico Paulo Giovio contra el monopolio de las especias vendidas en el mercado de la Ribeira das Naus lisboeta a precios desorbitados y muchas veces en malas condiciones.

⁵ De hecho, para elaborar su descripción de Lisboa y convertirla en capital de un gran imperio marítimo, Damião de Góis se había inspirado en una descripción de Roma y de Florencia que cuarenta y cuatro años antes Francesco Albertini había dedicado a D. Manuel, *Septem mirabilia orbis urbis Romae et Florentinae civitatis* (1510), y en la que describe al rey portugués como el restaurador de los antiguos imperios, sobre todo el romano, al tener en sus manos las nuevas maravillas del mundo. Albertini recorre la Roma imperial —el Forum de Nerva, el Palatino, el Panteón, el Coliseo, el mausoleo de Adriano; Tebas y Babilonia son las únicas maravillas que quedan fuera de la gran capital romana de Sixto IV y Julio II—, y el humanista portugués también se basa en el número siete para describir la ciudad como receptora de las maravillas del mundo gracias a los viajes. Las siete maravillas